

existen, pero obedecer á las autoridades nacidas de su eleccion y consagradas por su voto. Y puesto que al pobre se le ha vedado por la tiranía señorial coger las alimañas en la selva, los peces en el agua, las aves en el aire, como si Dios no le hubiese dado á él tambien dominio sobre las criaturas, exigian el derecho de caza y pesca reservado hasta entonces á sus infames opresores. Los bosques habian pasado tambien, aquellos bosques en que se criaran á su guisa las primeras tribus germánicas, de manos del pueblo libre á manos del señorío feudal; y precisaba distinguir entre los adquiridos por compras legítimas ó por ilegítimas violencias, á fin de respetar aquellos y entregar estos á los municipios, para que los guardasen como bienes de aprovechamiento comun y surtiesen de pastos á las bestias y de leña á los hogares del pobre y oprimido jornalero. A estas quejas y á estas reclamaciones unian lo pesado de su servidumbre y lo necesario del alivio; la obligacion gravosísima de trabajar por los demás y de ver, falta de los brazos de su jefe, en duelo y en miseria la familia; las tasas sobre tierras y sobre trabajo, que le arrebatában hasta el indispensable salario; la parcialidad de los jueces, que los vejaban siempre y la avaricia de los voceros y abogados que de continuo los despellejaban; el paso de sus ahorros en el trance de la muerte, no á la viuda pobre y al huérfano desvalido, al señor voraz y al feudo ominoso: gravámenes abominables, cuyos remedios propuestos con una gran claridad, creian dimanados del Evangelio y dignos de unirse y consagrarse, no ya con la sangre de míseros y oprimidos siervos, sino con la sangre del mismo Jesucristo.

A cada paso y á cada instante saltan las analogías entre las revoluciones políticas y las revoluciones religiosas. Sucede en Alemania, á principios del siglo décimosexto, exactamente lo mismo que sucedia en Francia á fines del siglo decimoctavo. La revolucion comienza alboreando en la mente de los sabios que aquí se llaman Erasmo y Reuclin y allí Voltaire y Diderot; sigue por los caballeros, que aquí se llaman como Hutten y allí se llaman como Lafayette; continua mágicamente por los reyes hasta obligar á los electores de Sajonia y Brandeburgo á proteger la Reforma en Alemania y á los monarcas Luis XVI y Carlos III á proteger la república en América; estalla en la palabra de oradores tan colosales como Lutero y Mirabeau; se extiende en Dietas como la de Nuremberg y en Asambleas como la de Versalles; y degene-

rando luego en tumulto, siembra la guerra, subleva en tropel á los siervos, abraza los castillos, suscita combates homéricos, embriaga de ideas exageradas las inteligencias mas serenas, impulsa con acelerados movimientos los corazones mas tranquilos, y produce, hasta en el seno de las naciones, los sacudimientos epilépticos de la inspiracion. No hay remedio: en esta hora suprema, los iniciadores se detienen, los apóstoles se arrepienten, los filósofos se extrañan del mismo alcance que han tomado las ideas por ellos despedidas; y nadie comprende ni las fatalidades inevitables de la naturaleza, ni las exigencias infalibles de la historia, ni el movimiento muchas veces desordenado de los hechos, ni la contradiccion que á la continua estalla en el seno de los humanos pensamientos, ni cómo esas exageraciones tan maldecidas, tan denostadas, sirven de límite á la inundacion, de freno al excesivo impulso, de norma al proceder de los mismos profetas é innovadores, los cuales advertidos por esta revelacion sangrienta y escarmentados en esta experiencia dolorosa, suelen apresurarse con grande apresuramiento á fundar una nueva autoridad, á establecer una rigurosa disciplina, á crear las necesarias resistencias con el fin mas ó menos deliberado de que estos grandes compuestos de elementos contrarios llamados naciones, no se desequilibren y no se desordenen, hasta predominar en ellos ora lo que tienen de social sobre lo que tienen de individual, ora lo que tienen de individual sobre lo que tienen de social, achaque propio de las épocas tristísimas en que dominan ó la anarquía ó el despotismo, igualmente anti-sociales é inhumanos.

El verdadero jefe de la insurreccion de los campesinos es el célebre Munzer. Como la vida entonces toma principalmente aspecto religioso, no hay necesidad de decir que el jefe de los campesinos es un jefe espiritual, y como jefe espiritual creíase, no solamente dotado del espíritu político necesario á una revolucion, sino del Espíritu Santo necesario á las místicas revelaciones del cielo. Así sentíase destinado á dar su sangre volatilizada en sus ideas á todos sus contemporáneos, produciendo con su palabra una vivaz llama, la cual esclareciera los entendimientos en su desarrollo progresivo y devorara esas escorias de lo pasado que oponen siempre obstáculos insuperables á la libertad. Si nosotros quisiéramos definir en pocas palabras este grande personaje histórico, llamaríamosle una pasion andando. Todas las ideas entran

por su cerebro, despues de trasformadas en su sentimiento. Aborrece y ama como nadie; se engaña, y se engaña profundamente, pero por amor á la verdad. Dígase lo que se quiera, el martirio purifica de tal suerte que no se atreve el historiador mas implacable, ni el verdugo mas cruel á grandes severidades con un hombre que ha dado su vida por su idea. Munzer nació al pié de un castillo feudal, cuya sombra tendió sobre su cuna el horror del feudalismo y sobre su pecho el odio á las bárbaras instituciones feudales. A mayor abundamiento su pobre padre muere ahorcado de las señoriales horcas. La siniestra imágen del castillo y el recuerdo horrible del ahorcado acompañan todos los dias de su vida y excusan hasta cierto punto la exageracion de sus excesos. Munzer abrasaba á los demás en la hoguera terrible y voraz en que él mismo interiormente ardía; en la hoguera de una idea revolucionaria. Su precocidad parece un presentimiento de su muerte. A los quince años tomaba el doctorado en una Universidad; y á los diez y seis decia misa en un convento. Sus enemigos refieren que ya entonces comenzaba claramente á revelar la complexion revolucionaria, pues decia misa y tomaba la comunión sin emplear, ni en rezos ni en consagraciones, las fórmulas litúrgicas. Al llegar á la edad, en que un impulso ciego le arrastra á la accion, recógese dentro de sí mismo, y pide fuerzas morales é inspiraciones religiosas á la soledad. Todo aquel que tiene una idea y la guarda para sí, para su engrandecimiento personal, para su propia medra, seméjase á quien, teniendo un grano de trigo para sembrar, lo guardara dentro del hueco de su mano, en vez de arrojarlo sobre los surcos de la tierra. La idea del Cristianismo progresivo, concebida por Joaquin de Flora, se apoderó del alma de Munzer y animó toda su existencia. Coincide el Evangelio eterno con la decadencia del Pontificado, y se propone coger el látigo, con que Cristo flageló á los mercaderes en el templo, para castigar á los falsos sacerdotes, cuyos vicios y cuyos errores manchan las revelaciones pasadas é impiden las futuras revelaciones. El místico italiano, absorto como un profeta hebreo en la contemplacion de lo porvenir; enardecido por el sentimiento de un profundo misticismo; eterizado casi por el ejercicio de las puras ideas; al desprenderse el alma extática del débil cuerpo como se desprende una aromosa esencia del cáliz de las flores; descubre, á través de ruinas apocalípticas, de astros reducidos á cenizas, de soles hechos

pavesas, de cielos enrollados como pergaminos al fuego, de ángeles exterminadores venidos como murciélagos en la última tarde del viejo universo carcomido y deshecho, un universo nuevo y mas espléndido, sobre el cual extiende sus alas misteriosas la tercera persona de la Trinidad, que envíe una revelacion nueva, la revelacion del Espíritu Santo, superior á la revelacion bíblica del Padre, superior á la revelacion evangélica del Hijo; porque dirigiéndose á mundo mas perfecto y á humanidad mas progresiva, se inspirará en amor encendido y se manifestará en las lenguas de fuego de la nueva ciencia; sustituyéndose á la letra que mata la idea que regenera y vivifica. Para llevar esta doctrina por el mundo, formarése una hermandad religiosa, en la cual no habrá ni sacerdotes ni sabios, puesto que todos los hombres participarán de una verdad, no grabada en mármoles con buril ni escrita en papeles con tinta, sino grabada y escrita en los corazones con sangre de los mártires. El Espíritu Santo se mezclará con el alma de cada hombre redimido; las aristocracias mediadoras entre la tierra y el cielo habrán acabado para siempre; la revelacion interior ó de pensamiento sustituirá á la revelacion exterior ó de palabra; la religion dejará el culto externo para convertirse en una serie de contemplaciones interiores y de arrebatos íntimos; y derribadas por el suelo al par de las potestades infernales las potestades terrestres, Reyes, Emperadores y Papas, el planeta se convertirá en una República de hermanos, bajo la direccion y la Providencia de un solo Dios, que nos iluminará y nos sostendrá continuamente desde la insondable eternidad.

Estas ideas iluminaron el espíritu de aquel entusiasta jóven allá en el seno de su santa soledad. El predicador de los monasterios se elevó en virtud de esto á profeta y apóstol de las gentes. A la edad de 22 años apareció en Ezwikau, poblacion de Turingia, donde predicó la necesidad de completar la revolucion religiosa con la revolucion social por medio de revelaciones permanentes que comuniquen el espíritu divino á todas las gentes. A pesar de esta vaguedad mística resultaba su principal ministerio y su principal papel un ministerio y un papel esencialmente políticos. Y para la política contaba con dos virtudes fecundas, con exaltadísimo entusiasmo por las ideas y con desmedida ambicion de realizarlas y de cumplirlas. Y en esta ambicion exaltada no busqueis, ni vanidad ni envidia. Fuerte, sombrío, arisco, salvaje,

exaltado, ambicioso, encubre todo esto con verdadero amor á su idea y verdadera compasion por su pueblo. Y como sabia amar, ya lo hemos dicho antes, sabia tambien aborrecer. Jamás los privilegiados del mundo tuvieron enemigo tan implacable. De un corte acabara con su lengua y con su espada todas las mitras, todos los capelos, todas las coronas y todas las tiaras. Parecíanle dos fortalezas, igualmente opresoras, el Estado y la Iglesia, confundiendo por tanto en comun odio á los sacerdotes y á los reyes. En su sentir el espíritu debia tener una emancipacion completa, el Evangelio una autoridad absoluta, la igualdad ante Dios el complemento de la igualdad ante las leyes. Y deseaba con tal viveza que no ponia espacio alguno entre el deseo y su realizacion, decidiéndose á intentarlo todo por la audacia y á cumplirlo todo por la violencia. Y mal podia perdonar ó excusar á los demás quien no se perdonaba ni se excusaba á sí mismo, puesto que habia enajenado su libertad por su idea, de la cual era rendido adorador y humilde esclavo. Imposible á un temperamento, de suyo fogoso, el comprender las contemplaciones místicas, sino seguidas de las acciones enérgicas. Su lógica en línea recta no se detenía, no, ante ninguna consecuencia por absurda, ni su voluntad desenfrenada, ante ningún obstáculo por insuperable. Inflamado él mismo, inflamaba con su palabra de fuego á todos cuantos le oían. La tempestad del Oreb, el carro relampagueante de Elías, las maldiciones de Isaías, los trenos y lamentos de Jeremías, todo lo amenazador, todo lo guerrero del antiguo lenguaje bíblico palpataba en sus discursos semejantes á un voraz incendio. Nada de facilidad, nada de facundia en su palabra; nada de fantasía, nada de arte en su forma; nada de inspirado ni de arrebatador en su genio; balbuceaba como un tartamudo, vacilaba como quien nada tiene que decir al comienzo de sus discursos; pero cuando el furor de la indignacion le sobrecogía, ni los aludes, ni las cataratas, ni las erupciones podían emparejarse en fragor sublime con su tonante palabra.

Arrojéronle de Turingia por sus ideas exageradas y se refugió en Bohemia, tierra propicia entonces á los sectarios y á las sectas, donde se presentó imitando á aquel Juan de Ziska, ciego que dejara á los suyos en herencia su pellejo, para que lo curtieran y lo colocaran en un tambor, á cuyos redobles dispersaríanse de terror mortal los enemigos. Jamás los sacerdotes de las diversas

Iglesias fueron perseguidos con mayor cólera ni los opresos é infelices llamados á mayores desquites y venganzas. Todo le parecia sacrílego, todo lo que no fuera su Iglesia, por la cual estaba pronto á subir, no al trono, á la Cruz.

En efecto, valor, y valor heróico, se necesitaba para presentarse como nuevo profeta, y profeta de guerra y de matanza, en aquel reino encendido por las antiguas profecías. Los sabios de la universidad de Praga, y los ciudadanos principales de su municipio, lanzaron fuera de allí á tan peligroso huésped, temerosos de que estallase la pólvora esparcida por el suelo. Mas, fuerza es decirlo, como todas las voluntades enérgicas, se redoblaba la suya con el combate, y se enardecía con la persecucion. Desde los comienzos de su carrera, tuvo presente á los ojos del alma la muerte, y con la muerte contó, antes que con el triunfo. Así comunicaba su pasion como suelen comunicarse todos los fanatismos, por medio del entusiasmo. No debe, pues, maravillarnos que, al pasar nuevamente desde Praga á Alstedt, las gentes corrieran de treinta leguas á la redonda, para escucharlo y seguirlo, atropellándose en numerosas peregrinaciones. En sus arengas sostenía que Dios no está fuera de nosotros, sino en nosotros, y que el Evangelio no está en la revelacion escrita de los libros sagrados, sino en la revelacion interior de la conciencia humana. Para él no hay mas diablo que los reyes y los sacerdotes, ni mas infierno que la Iglesia y el Estado. Todo hombre tiene derecho á la felicidad. Todo gobierno debe basarse en la igualdad absoluta. Todo partidario de la idea evangélica debe traducirla y encarnarla en las instituciones políticas. Al afán de predicar reunía el afán de organizar. Una imprenta, montada en la region que tenia por asilo, servíale para extender sus ideas por toda Alemania. Los príncipes de Sajonia corrieron á oírle, y se encontraron con que su régia presencia en nada ponia ni freno, ni aun reserva y límite á la desmedida palabra del predicador. Así es que le expulsaron del territorio, y le recogieron la imprenta. A los pocos dias de este nuevo desastre se presentó en otra ciudad, llamándose el martillo que rompe y el fuego que abrasa, como dispuesto á provocar una catástrofe que desquiciara la tierra y pusiera abajo lo que está arriba y arriba lo que está abajo. Ido á Weimar por llamamiento del Elector de Sajonia, el cual le acusaba de fundar una sociedad secreta, tuvo que huir de nuevo entre las bromas de los Doctores, que se reían